

Sea así; pero á pesar de esto y salvo el respeto debido á nuestra superioridad, el Cristianismo no ha pasado, pues acaba de emancipar la Grecia, de dar la libertad á los Países-Bajos, y se bate en Polonia. El clero católico ha roto á nuestra vista las cadenas de Irlanda, y emancipado las colonias españolas convirtiéndolas en repúblicas. El catolicismo, como he dicho, hace progresos inmensos en los Estados-Unidos, y toda la Europa bárbara ó civilizada se inscribe en diferentes comuniones de la forma evangélica. Si fuera posible que el mundo civilizado sufriese otra invasión, ¿quién lo invadiría? Unos soldados que ayunarían, orarían y morirían en nombre de Cristo. La filosofía de Alemania tan sabia, tan ilustrada, y á la cual me adhiero, es cristiana, y lo es asimismo la filosofía de Inglaterra. Considero una insigne pequeñez de alma el no tomar en cuenta al menos como un hecho, esa idea cristiana que vive todavía entre tantos millones de hombres en las cuatro partes del mundo; esa idea que se encuentra el Kamtschaska y en los arenales de la Tebaida, en la cumbre de los Alpes, del Cáucaso y de las Cordilleras; paréceme digo gran miseria el imaginar que esta idea haya dejado de existir porque ha desertado de nuestro mezquino cerebro.

Hav dos hombres á quienes no desechará el siglo, pues fruto de sus entrañas, sus talentos y sus principios reciben alabanzas, inciensos y admiraciones de la época presente: ambos marchan á la cabeza de todas las opiniones políticas y de todas las nuevas doctrinas literarias. Esecuchemos á lord Byron y á Mr. Benjamin Constant, acerca de las ideas religiosas.

«No soy enemigo de la religion, todo lo contrario; en prueba de ello educo á mi hija natural bajo la fe de un riguroso catolicismo en un convento de la Rumania porque opino que nunca se puede tener bastante religion cuando se tiene alguna. Y porque de dia en dia me inclino mas á las doctrinas católicas.» (*Memorias de lord Byron*, tom. V, pág. 172.)

Durante su destierro en Alemania en tiempo del gobierno imperial, se ocupó Mr. Benjamin Constant en escribir su obra sobre la religion. Da cuenta de su trabajo á uno de sus amigos (1), en una carta autógrafa que tenga á la vista, y de la cual copiaré un pasaje muy notable:

Hardemberg 11 de octubre de 1811.

«He continuado trabajando lo mejor que he podido en medio de tantas ideas tristes. Confío en que dentro de pocos dias verá redactada en su totalidad por vez primera mi *Historia del politeísmo*. He renovado todo su plan y mas de las tres cuartas partes de los capítulos. Esto era necesario para coordinar el orden que tenia concebido, y que juzgo haber realizado; necesario ha sido tambien hacerlo así porque como sabeis, no soy ya aquel filósofo intrépido, seguro de que nada hay despues de este mundo, y tan contento con él, que se regocija de que no hay otro. Mi obra es una prueba singular de lo que dice Bacon, que el principio de los conocimientos conduce al ateísmo, y la perfeccion de ellos á la religion. Profundizando los hechos, reconociéndolos de todas partes y luchando contra las innumerables dificultades que oponen á la incredulidad, me he visto obligado á retroceder en las ideas religiosas. Ciertamente que lo he hecho de buena fe, porque cada paso retrógrado me ha costado mucho. Aun en estos momentos todos mis hábitos y todos mis recuerdos son filosóficos, y defendiendo palmo á palmo todo el terreno que la religion me vuelve á conquistar. Hay además en todo esto un sacrificio de amor propio; porque imagino que es difícil hallar una lógica mas extracta que la empleada por mí para atacar todas las

(1) Mr. Ochet que es en la actualidad secretario general del consejo de Estado.

opiniones de este género. Mi libro no tenia absolutamente otro defecto que estar escrito en sentido opuesto á lo que ahora me parece verdadero y bueno, y hubiera obtenido indudablemente un triunfo de partido. Aun hubiera logrado tambien otro resultado feliz, porque con algunas ligeras variaciones hubiera adoptado el plan que mas agradaría en la actualidad: un sistema de ateísmo para las gentes de rango; un manifiesto contra los sacerdotes, y todo esto combinado con la acostumbrada narracion para el pueblo de ciertas fábulas, narracion que satisface al mismo tiempo al poder y á la vanidad.»

Consiento en pasar por espíritu retrógrado con Herder, con la escuela filosófica de Alemania, y finalmente con Mr. Benjamin Constant y lord Byron.

La sociedad se halla atormentada en el dia por una necesidad de creencia que se manifiesta en todas partes. En vano se pretende satisfacer la avidez de los ánimos, esforzándose en fanatizarlos con una verdad material que tambien los engaña, puesto que el raciocinio se cambia en abstraccion. Este entusiasmo efímero no conduce lejos á la juventud, porque ni puede librarse de la tristeza que la abruma, ni llenar el vacío que ha dejado en ella la falta de toda fe. No se admira durante mucho tiempo un puñado de barro sensitivo, aunque esté compuesto de espíritu y de materia, y forme esa pretendida unidad humana, cuyo sistema renovado de los Griegos, es además un ensueño de una secta budhista. ¡Cuánta miseria sería que esta vida de un dia no fuese otra cosa que la conciencia íntima de nuestra nada!

Tal es la serie de ideas y de hechos que el lector encontrará en los presentes *Estudios históricos*. Sé que con este análisis despojo á mi trabajo del principal atractivo de la curiosidad. Si abrigase la esperanza de ser leído, me habria abstenido de privarme del medio mas seguro de triunfo; pero carezco de tal esperanza. Un extracto, aunque sea ya demasiado largo, me deja al menos la eventualidad de dar á conocer las verdades que he creído útiles, y que permanecerian oscurecidas en las dilatadas páginas de estos volúmenes. Como autor me equivoco; como hombre tengo razon. Cuando hemos vivido y padecido mucho; hemos aprendido tambien mucho: á fuerza de vigiliias y de trabajar durante el dia; á fuerza de manejar penosamente el arado ó la vela, los viejos labradores, como los viejos marineros llegan á conocer el cielo y á saber predecir las tormentas. Réstame solo dar gracias á las personas que me han ilustrado con sus trabajos ó consejos.

Debo á la finura y á las bondades del baron de Bunsen, ministro de S. M. el rey de Prusia en Roma, un excelente extracto de los *Nibelungos*, que se halla al fin de estos *Estudios*. El sabio Mr. Bunsen era amigo del gran historiador Niebuhr: mas venturoso que yo, registra todavía aquellas ruinas donde yo esperaba restituir á la tierra, imagen por imagen, mi pobre arcilla en cambio de alguna estatua desenterrada.

El conde de Tourgueneff, antiguo ministro de instruccion pública en Rusia, hombre de universales conocimientos, se ha dignado comunicarme interesantes datos sobre los historiadores de Polonia, Rusia y Alemania.

Para disipar ciertas dudas relativas á algunos puntos de la filosofía de los padres de la Iglesia, me he dirigido á Mr. Cousin; y he visto que el verdadero sabio es siempre accesible.

Mis instructivas conversaciones con mi compatriota Mr. Dubois, me han ilustrado sobre los sistemas religiosos del Oriente. Al hablar de los hombres que hacen honor á mi país, he hecho observar que la Breaña contaba en la actualidad al abate de Lamennais: si Mr. Dubois publica la obra que actualmente escribe sobre los orígenes del Cristianismo, tendré un nuevo motivo para felicitar á la Francia.

## ESTUDIO PRIMERO.

### EXPOSICION.

TRES verdades componen la base del edificio social: la verdad religiosa, la filosófica y la política.

La verdad religiosa es el conocimiento de un Dios único, manifestada por medio de un culto.

La verdad filosófica es la triple ciencia de las cosas intelectuales, morales y naturales.

La verdad política es el órden y la libertad: el órden es la soberanía ejercida por el poder: la libertad es el derecho de los pueblos.

Cuando menos desarrollada está la ciudad, mas confusas aparecen estas verdades: combátense entre sí en la ciudad imperfecta, pero nunca se destruyen: y de su combinacion con el entendimiento, las pasiones, los errores y los acontecimientos, nacen los hechos históricos. Entre el extruendo ó el silencio de las naciones, en la profundidad de las edades, en los extravíos de la civilizacion ó en las tinieblas de la barbarie, murmura siempre alguna voz solitaria que reclama las tres verdades fundamentales, cuyo uso constante y completo conocimiento dará por resultado la perfeccion social.

La sociedad, á pesar de que alguna vez parece retroceder, no cesa de marchar adelante. La civilizacion no describe un círculo perfecto, ni se mueve en línea recta: es en la tierra como el navío en el mar, que combatido por la tempestad bordea, retrocede y es desviado por las olas del derrotero que se propone seguir; pero al fin halla á fuerza de tiempo prósperos vientos, adelanta diariamente algo en su verdadero rumbo, y aborda al puerto hácia donde habia desplegado sus velas.

Examinando las tres verdades sociales en el órden inverso, y empezando por la verdad política, prescindamos de las antiguas nociones de lo pasado.

La libertad no existe exclusivamente en la república, á donde la habian relegado los publicistas de los dos últimos siglos, imitando á los publicistas antiguos. Las tres divisiones del gobierno, en monarquía, aristocracia y democracia, son puerilidades de escuela en lo relativo al goce de la libertad: puede encontrarse esta en cualquiera de las formas referidas, del mismo modo que puede verse excluida de ellas. No hay sino una constitucion real para todos los Estados: la libertad; la forma de esta es indiferente.

La libertad es de derecho natural y no de derecho político, como se ha sustentado harto inoportunamente; el hombre la ha recibido el nacer bajo el nombre de independencia individual. Por consiguiente, y como derivacion de estos principios existe esta libertad en partes iguales en las tres formas de gobierno. Ningun príncipe, ninguna asamblea podrian daros lo que no le pertenece, ni arrebataros lo que es nuestro.

Dedúcese tambien de aquí que la soberanía no es ni de derecho divino, ni de derecho popular, sino que es el órden establecido por la fuerza; es decir, por el poder admitido en el Estado. El rey es el soberano en la monarquía; el cuerpo aristocrático en la aristocracia, y el pueblo en la democracia; pero estos poderes son incapaces de comunicar la soberanía á otro objeto que no sea ellos mismos, porque allí no hay rey, ni aristócrata, ni pueblo que puedan destruirse.

Establecidas estas bases, el historiador no debe apasionarse por la forma monárquica, ni por la republicana: haciendo abstraccion de todo sistema político, no profesa odio ni amor á los pueblos ni á los reyes; los juzga con relacion á los siglos en que vivieron, sin

Mr. Pouqueville me ha facilitado no pocas noticias indispensables á mi trabajo, y he seguido sin temor de extraviarme al que fue mi primer guía en los campos de Esparta. Ambos visitamos las ruinas de Grecia cuando aun no las alumbraba sino un pálido destello de pasada gloria, y ambos defendimos la causa de nuestros antiguos huéspedes, quizá no sin fruto; á lo menos, cuando leo en el *Child-Harold* de lord Byron algunos pasajes de mi *Itinerario*, me anima la esperanza de que merced al auxilio de este inmortal intérprete, no se perderán enteramente mis palabras en favor de un pueblo desventurado.

Puede leerse con fruto una disertacion conque Mr. Lenormant ha tenido á bien permitirme enriquecer mi obra. Mr. Lenormant ha recorrido el Egipto con Mr. Champollion, ha leído las inscripciones en aquel, los mudos monumentos seculares, que acaban de levantar de nuevo su voz en sus desiertos.

De hoy mas no tornará á decirse de las Pirámides.

Vingt siecles descendus dans l'éternelle nuit.  
Y sont sans mouvement, sans lumiere et sans bruit.

Los antiguos han atribuido constantemente al Oriente el origen de las religiones griegas; y sobre tal base refutada sin embargo en nuestros dias, ha apoyado Mr. Creucet su grande obra de las *Religiones de la antigüedad*. Desde la publicacion de este libro el estudio religioso de la antigüedad ha hecho progresos, y se descubren de dia en dia los secretos de la Persia y de la India. El *Ensayo sobre la religion de la Arcadia*, de que se ocupa Mr. Lenormant, comprenderá el paso de las tradiciones orientales á Grecia, en su forma mas pura y menos alterada. El sabio arqueólogo Panofka une su trabajo al de Mr. Lenormant.

Mr. Ampere, hijo del ilustre académico á quien la ciencia debe descubrimientos que admira el mundo sabio, me ha enseñado con suma complacencia algunas de sus traducciones y estudios escandinavos. Estos estudios son el extracto de una grande obra á que Mr. Ampere ha consagrado sus ocios, obra que será la historia de la poesia de los diferentes pueblos, de la poesia tomada en la esencia misma de la palabra, y como la parte mas real y ciertamente la mas viva de la inteligencia humana. Mr. Lenormant y Mr. Ampere pertenecen á esa juventud reflexiva que custodia hoy la hija de nuestros infortunios y la esclava de nuestra gloria, es decir, la libertad. ¡Ojalá la guarde como debe!

He tenido noticia por conducto de las escuelas de Alemania, de notas instructivas de Mr. Barchoux, apresurándome á aprovecharme de ellas.

He encontrado en los directores de nuestras bibliotecas y de nuestros archivos nacionales, esa urbanidad y complacencia que nunca se cansa, y que los hacen tan apreciables á sus compatriotas y á los extranjeros.

Finalmente, Mr. Daniello ha escudriñado los manuscritos, los libros y los pasajes que yo le he indicado en el discurso de mi trabajo; le debo este testimonio público, y al separarme de él como del resto del mundo, me atrevo á recomendarle al que necesite la ayuda de un literato instruido y laborioso.

¿Qué me resta decir? Nada, excepto ese adios que la natural honradez de nuestros autores galos daba en otro tiempo al lector en sus prefacios. Imitaré su ejemplo: mis largas relaciones con el público justifican esta intimidad. Así pues, dirigiéndome á la nueva Francia le digo: «Adios, amigo lector. A tí te quedan tu juventud, un largo porvenir y todo cuanto rodea una existencia que empieza; á mí me quedan horas marchitas y sin vigor, lo pasado en vez de lo futuro, y la soledad que se forma en derredor de una vida que termina. *«Tú lector, vale et juvatem aut certe volentem, ama.»*